

viaje, pidió para él una sanción paternal y se arrodilló en el suelo á recibir las paternas bendiciones. No quedaban en el mísero predio más que su hermana y su padre; ambos aprobaron la resolución mostrada por Carlota de partirse hacia extrañas tierras. Lloró mucho en esta despedida, pues latía en su pecho un corazón de niña, y de niña inocente, mas lloró, no al temor de la suerte que lo porvenir le deparaba, sino á los santos recuerdos de la juventud y de la infancia. Igual stratagemá usó con su tía, reclamando y obteniendo las mismas bendiciones. Y como tuviese costumbre de oír desde sus ventanas á un joven apuesto y vecino que tocaba el piano á diario, lo escuchó por última vez arrobada, y al concluir, no dió indicio ninguno de su formidable resolución y no manifestó dolor ninguno. En cambio estuvo muy tierna con el niño Robertin, acompañante suyo con frecuencia por las calles de Caen, que llevaba de la mano á todas partes, recreándose con sus gracias y con sus juegos infantiles. No teniendo ningún otro regalo que hacerle, regalóle su cartera de dibujos, y al entregársela para que la guardase á su nombre y en recuerdo suyo, se lo comió á besos y le inundó la cara de lágrimas. Pagado tal tributo á sus afectos, enjugóse los ojos con toda prontitud y tomó con toda entereza la diligencia que debía conducirla en veinticuatro horas á París. Durante tal viaje, dió pruebas del gran dominio que su conciencia ejercía sobre su voluntad, su voluntad sobre sus nervios; y ni un suspiro, ni una mirada, ni un gesto se llegó á escapar, indicativos de sus ocultos pensamientos y de sus diabólicos planes. Pasaba entonces entre los franceses casi lo mismo que hoy entre nosotros suele pasar en todo cambio de gobierno. Los girondinos derrotados se quedaban en sus departamentos ó á sus departamentos se volvían desde la capital, mientras los montañeses, triunfantes, á la capital se iban en busca del provecho y lucro que la mayor parte de los hombres requieren de la política. El coche, pues, donde á París iba Carlota, reventaba henchido de montañeses, los cuales maldecían la Gironda y aclamaban á Marat, sin que la joven saliera de su reserva, ni revelara sus exaltadas ideas girondinas. Tierna, dulce, femenil, flor de almendro y de manzano, según dice un gran historiador poeta, provocaba ciertos sentimientos con su hermosura, y los retenía y los dominaba con su virtud. Todos sus compañeros de viaje le dijeron algún requiebro y ninguno le faltó á la consideración y el respeto.

Una donosa casual aventura dió novelesco sabor á escena tan grave y trágica como el tránsito de Carlota desde los blandos senos del hogar á las cruentas aras del sacrificio. Entre los viajeros iba un apuesto mozo, no de temperamento gárrulo y de pasiones prontas, un apuesto mozo de reconcentrado silencio y de pasiones profundas. Sentado junto á Carlota, empezó por encantarse de su hermosura y concluyó por enamorarse de su alma. Un momento de soledad con la joven se prestó á expansiones del pecho, á latidos del corazón, á muestras del sentimiento, y le comunicó sus honestos propósitos á la joven, declarando haberla escogido por esposa, por compañera de toda su vida, por alma pareja

con su alma en una selección inconsciente. Carlota rió la súbita pasión del joven, y opuso á las expansiones suyas el dique de su castidad y de su honra. Como el joven insistiera, remachando sus honestos fines, le observó que pasiones destinadas á vivir toda la vida, pasiones perdurables como la eternidad, necesitaban como la eternidad ser pacientes. Nada contiene al amor en sus exaltaciones como la negativa razonada de una mujer honesta. Carlota llegó, sin aventuras nuevas ni nuevos incidentes, á París el once de Julio, año mil setecientos noventa y tres, á medio día. En la calle de los Viejos Agustinos, muy céntrica, número diez y siete, había un hotel denominado de «la Providencia», y en este hotel se alojó Carlota. Consagró toda la tarde á su limpieza, y acostóse en punto de las cinco, durmiendo tranquilo sueño toda la noche, y no despertando hasta el día siguiente. Parece imposible tanta impassibilidad estoica en una joven de suyo tierna y dulce. Todas las raíces que la unían y ligaban al suelo nativo desarraigadas; el paterno campo abandonado; bendecida por el padre con suprema bendición como si estuviera en la hora solemne de su muerte; solitario el convento donde pasara una parte de su juventud y de su infancia en comunicación estrecha con Dios; ruinoso la casa de su tía, semejante á un panteón, donde se juntaban los murciélagos con los muertos; las amistades todas inmoladas; la natural virtud nativa trastrocada en instintos criminales de homicidio; un asesinato á la vista, un cadáver á los pies; por todo porvenir la carreta y el cadalso de los guillotinos; y bajo todos estos recuerdos y con todos estos afectos la infeliz dormía el sueño de la inocencia, el sueño de los ángeles, demostrando que no la reconvenía en cosa ninguna y en cosa ninguna le estorbaba su clara y viva conciencia. Y no solamente debe uno maravillarse de tanta paz interior en Carlota; debe maravillarse también de que cayera en el océano de París, siempre tan proceloso, y no mostrara ninguna inquietud como si estuviese habituada de antiguo á las grandes poblaciones y á sus frecuentes procelas. Vestida y arreglada desde muy temprano, se dió con suma diligencia y sumo cuidado á desempeñar los negocillos que debía resolver en París. Portadora de la carta que le diera Barbaroux fuese casa de Duperret. Cuando llegó, el girondino transigente se hallaba en la Convención alterada. Sus hijas recibieron á la visitante y le noticiaron que no podía ver á su padre de ningún modo en el hogar hasta la hora de anochecer. Carlota se volvió á su posada y no salió de su cuarto. Allí se dió á la meditación impulsada por su doble instrucción católica y heleno-romana. Cuando atendía la infeliz á sus sentimientos religiosos, rezaba; y cuando á sus recuerdos clásicos, leía como un devocionario las *Vidas de Plutarco*, prestándole tanto culto y atención como pudiese una devota prestar á la *Vida de los Santos*. A eso de las seis tornó á casa de Duperret. Mala hora escogió para esta visita. La Convención acababa de disponer el secuestro de los bienes pertenecientes á todos aquellos girondinos que habían permanecido en París. A pesar de esto, diciendo que aquel día le era imposible moverse de casa por motivo y razón de los convidados á comer con él;



acompañaríala el día siguiente por la tarde al ministerio de lo Interior y á Garat la presentaría. Carlota se despidió muy encantada y agradecida del celo de Duperret. Mas, al irse, tomando un aire de misterio y poniendo en su encantadora voz cierto trágico tono le rogó se partiese con toda su familia, desde París, donde le rodeaban innumerables asechanzas, á Caen, donde hallaría muchos amigos y un pueblo fiel así á la libertad como á la Gironda. «Idos, señor Duperret, idos mañana en todo el día, os lo pido; pasado mañana será tarde.» Tal advertencia desveló mucho al acosado girondino; pero no le hizo caer en su oculto y transcendental sentido.

Al día siguiente Duperret pudo acompañarla personalmente al ministerio del Interior. Mas no encontraron á Garat. Esta circunstancia y las órdenes dadas para el secuestro de sus bienes lograron que Duperret desistiera é hiciera desistir á Carlota de presentarse al ministerio de lo Interior nuevamente. Carlota se volvió á su posada, y desde allí se fué al Palacio Real. No parecía una provinciana, parecía una parisien perfecta en plena posesión de su capital. El célebre jardín, donde brotó la escarapela republicana, lucía sus bellezas con extraordinario lucimiento. Una viva luz de Julio lo inundaba todo. Los árboles y los macetones poblados de aves parecían vejetales canoros, vejetales con voz, y en esta voz con música. Brillaban las tiendas con esos objetos del comercio parisien los cuales juntan al resplandor estético la utilidad industrial. En tierna competencia con las mariposas y con los pájaros discurrían los niños en todas direcciones, y sus saltos parecían vuelos de avecillas recién criadas, y sus voces píos de nido repleto. Carlota, dejándose llevar del instinto femenino, se asentó en un banco, donde acarició y besó á los niños que la circuían por todas partes. Mas, tantas escalas cromáticas de las avecillas en su celo; tantos resplandores del sol en su cenit; tantas manifestaciones del trabajo creador en industria y arte; aquellas madres felices que paseaban á sus hijos contentos; aquellos niños que convidaban al goce de vivir con sus risotadas y con sus besos no la divirtieron del pensamiento de muerte, quien, á manera de un sol caliginoso y negro, se había fijado en el foco de su conciencia, alrededor de cuyo disco gravitaban todos sus planes y de cuyos mortecinos rayos se animaban todos sus intentos y propósitos. Así buscó la tienda de un cuchillero; entró en ella y compró un cuchillo. Fija ya en su resuelto plan, estuvo cavilando cuáles medios le darían mayor solemnidad y realce. Parecíale poco matar al tirano; quería matarlo con la solemnidad correspondiente á su importancia. Un día litúrgico estaba cerca: el aniversario de la Bastilla. Carlota pensó en matar al tirano aquel religioso día; delante del pueblo reunido; sobre las gradas del trono democrático que al trono antiguo sustituyera dentro del Campo de Marte; al pie del ara y del altar de la patria, el cual no podía recibir mayor holocausto. Pero la fiesta del catorce de Julio no podía celebrarse aquel año por lo triste de las circunstancias y lo agitado de los ánimos. Entonces pensó Carlota en ir á la Convención, transponer la barra, hollar el hemiciclo, subir á los bancos

y clavarle allí, tendido sobre su curul sede parlamentaria, el puñal en su palpitante corazón. Bajo todas estas eventualidades Carlota veía una muerte pronta, y no le importaba, pues desde que acarició el homicida plan supo que no podía cortar el hilo de la vida de Marat sin de rechazo cortar el hilo de su propia vida. Mas, no asistía entonces Marat á la Convención. Sus males llegaron á exacerbarse, ya lo hemos dicho, en tales términos, que la tal exacerbación aguda no le permitía salir de su casa, y en su casa creía con profunda creencia que todos aquellos cancerosos dolores materiales concluirían por empujarle pronto á la muerte. Recluso por su enfermedad en el sucio caramanchón, habitual residencia suya, delataba y delataba mucha gente, como si quisiera que innumerables sombras le precedieran en las negras corrientes del Letheo. Y mientras por un lado acusaba, por otro lado perdonaba y acorría, en arrebatos de piedad, á quien su capricho y sus voluntariedades querían salvar. Carlota estaba en el caso de penetrar junto á Marat para cometer su atentado. Y hasta llegar á Marat debía valerse de industrias y artificios y embustes, los cuales más le repugnaban que su propio crimen, á pesar de haber tenido en él que sujetar su voluntad rebelde y extinguir su clara conciencia.

Superior á las fuerzas morales de Carlota el mentir, mintió; porque al crimen capital resuelta y decidida, no podía pararse, vencidos los altos escrúpulos de primer orden, ante subordinados escrúpulos, de orden secundario y de categoría inferior. Para Carlota el supremo bien estaba en la inmolación de Marat; y cuanto á la inmolación de Marat condujese, parecíale honesto de toda honestidad y lícito y justo de toda justicia. Forjó, pues, la ganzúa con que debía penetrar en casa de su víctima y acabarla sin piedad al golpe del puñal que llevaba como una reliquia de amor sobre su corazón. Esta ganzúa fué una hipócrita carta, al estilo de Marat hecha, engañándole con aparentarle y mentirle una leal adhesión, por completo alejada de su voluntad y de su conciencia. Notificábale que desde Caen había llegado á París y que allí en París solamente se proponía prestarle un gran servicio y hacerle un verdadero favor. A esta notificación añadía varias reflexiones acerca del amor de Marat á su patria y bajo estas reflexiones pedía y aguardaba el acceso personal á su presencia. Él y solo él mostraba vivo interés por lo que sucedía en el departamento de Calvados, y á él, solo á él debía los necesarios informes sobre la intrincada situación; por lo cual pedía con empeño y esperaba con seguridad entrevista y audiencia. A la una de aquella tarde se personaría en su casa. Con efecto se personó. Mas le dieron la callada por toda contestación y le cerraron la puerta. Esta negativa la contrarió; pero no la desconcertó. Una segunda carta, escrita en previsión de la negativa, surtió los efectos y dió los resultados por ella queridos. No podía darse una insidia mayor. La joven homicida no se dirigía sólo á los instintos egoistas de Marat, como en la otra carta, se dirigía también á su piedad, tratando de conmoverla é interesarla en su aceptación de la entrevista. Presentábase partidaria del demente libelista; por devociones á su causa perseguida